Dios. Además de las horas en que se celebraban los divinos oficios, á los cuales no faltaba nunca, iba de ordinario dos veces á la iglesia; orando largo rato, y leyendo los libros santos que no dejaba de la mano, especialmente los salmos que solía regar con sus lágrimas (1).

Profesaba Mónica tierna devoción á los Santos, particularmente á los mártires; y con frecuencia iba en peregrinación á los sepulcros y lugares que ilustraron con algún hecho heroico. El día de la fiesta, llevaba á sus altares un canastillo lleno de pan, vino y viandas, que luego depositaba sobre los sepulcros, y después de tomar algo, pues, según la creencia de aquellos tiempos, era esto medio y modo de participar las virtudes y méritos de los Santos, distribuía el resto á los pobres; teniendo sí particular cuidado de no incurrir en los abusos que empezaban á deshonrar esta antigua y veneranda costumbre, y que habían de ocasionar su desaparición. «Cuan»do ella, dice San Agustín, llevaba á la tumba »de los mártires su canastillo de ofrendas fúne»bres, gustaba alguna cosa de las mismas, y »distribuía el resto; no reservándose sino una »pequeña cantidad de vino, la que el honor de las »santas memorias podría exigir de su extrema

(1) *Confes.*, lib., V, cap. IX.—Boll., 4 de Mayo.



»sobriedad. Si en el mismo día se celebraban dos »ó más piadosos aniversarios, llevaba para todos »los sepulcros un pequeño frasco de vino agua»do, que dividía entre los suyos con el fin de sa»tisfacer á su piedad, pero de ningún modo á su »gusto (1).»

Todas las mañanas asistía Mónica á la santa Misa, comulgando con profundo respeto, y entonces y después, cuando oraba, recibía de Dios especialísimas gracias. Pero entre todos los misterios, el que más levantaba su alma y más la enternecía, era el de la Pasión de nuestro Señor Jesucristo en la cruz, resultando para Mónica insoportable: ¡tanto la afligía y sacaba de sí (2)!

Un día, en particular, que contemplaba el misterio de la Redención, procurando comprender la inmensidad de beneficios que derivan de la Pasión del Salvador, llenó Dios su alma de tan brillante luz y vivo amor, y sintió afluir á sus ojos tal abundancia de lágrimas, que, próxima á desfallecer y queriendo ocultar esta gracia, salió precipitadamente de la iglesia; pero era tarde, pues ya sus lágrimas corrían á torrentes. Apresuráronse á socorrerla los que allí estaban, procu-

(1) *Confes.*, lib. VI, cap. II.

(2) «Crucem ejus in corde ejus infixit et passionem.» (*Boll.*, 4 Maii.)

rando consolarla, en la creencia de que sus lágrimas eran producidas por el dolor; pero ¿qué pueden las criaturas en tales momentos? Su corazón acababa de recibir una de esas profundas heridas, que el amor de Dios causa á veces en las almas buenas, y sus lágrimas crecían siempre, sin agotarse nunca (1).

Es el único hecho de este género, que en la vida de Santa Mónica no se ha relegado al olvido. Pero, ¡qué horizonte nos descubre! ¡qué de virtudes indica! ¡qué unión con Dios nos hace vislumbrar! y por el contrario, ¡qué disgusto produce la imposibilidad de contemplar en todos sus detalles una vida que ha sido sin duda tan bella

(1) «Dum autem quadam die, præventa et visitata a te, Domine, beneficia tua, quæ tu in carne humano generi clemens exhibuisti, ancilla tua consideraret, tantam gratiam tantamque lacrymarum copiam, torculari tuæ crucis expressam, in passione tua adinvenit, quod vestigia ejus per ecclesiam lacrymæ desuper pavimentum defluentes ostendebant; et quanto plus ab effluentia lacrymarum hortabatur desistere, tanto plus fluvius lacrymarum oriebatur.» (*Boll.*, 4 Maii.)

O matrona gratiosa
Quam transfigunt amorosa
Crucifixi stigmata.
His accensa sic ploravit,
Lacrymis quod irrigavit
Pavimenti schemata.
(*Hymn. Sanctæ Monicæ.*)



y tan perfecta! No será ésta, ciertamente, la única vez que hayamos de sufrir semejante disgusto, pues se renovará muchas veces en el curso de la historia. ¿Dónde está, por ejemplo, la vida de oración de Santa Mónica? ¿dónde encontrar los detalles de sus mortificaciones y penitencias, que tan prodigiosas debieron de ser durante los extravíos de su hijo? ¿y sus ejemplos de desapego á las cosas terrenas, y sus ejemplos de abnegación? ¿y sus humildes virtudes en la vida de familia? ¿y los rasgos heroicos de su caridad? Diríase que Dios ha querido ocultarnos cuanto á ella se refiere: la hija, la esposa, la servidora de los pobres, la mujer contemplativa, y que sólo ha querido dejarnos ver la madre...

Pero esta madre se engrandece más y más en cada prueba, y bajo este punto de vista, si la muerte de Patricio fué para ella una de las más crueles, que hasta entonces había experimentado, también le fué la más beneficiosa. Patricio tenía pocos bienes, y, como hemos dicho antes de ahora, sólo á fuerza de privaciones podía cubrir los gastos de la educación de su hijo; pero como éstos hubieran excedido á los recursos, quedaba la viuda en situación muy embarazosa. Ciertamente que Mónica se preocupaba poco de tal situación en cuanto pudiera afectar á su persona: tenía vocación á la pobreza, y la pobreza no bus-

cada, es decir, la que Dios envía, es á los ojos de los Santos mejor que otra alguna; pero Mónica era madre, y las privaciones que una madre acepta para sí, no las quiere para sus hijos. Por otra parte, como considerase que era una desgracia para Agustín la interrupción de sus estudios, porque su corazón y su espíritu se debilitarían con la vida ociosa, monótona é insubstancial de Thagaste; antes que consentirlo, resolvió imponerse los más duros sacrificios y condenarse á toda clase de privaciones.

Agustín realizaba entonces, ó mejor dicho, superaba las esperanzas que había hecho concebir durante su adolescencia; el esplendor de los estudios literarios era nada comparado con el brillante éxito que coronaba sus estudios filosóficos. Empezábase á ver que su principal don no estaría, ni en la elocuencia que fué en él admirable, ni en su sensibilidad que era exquisita, ni aun en su ingenio, tan natural, tan brillante, tan perspicaz. Por encima de estas cualidades que se manifestaron las primeras, debía descollar una especialidad llamada á eclipsarlo todo; y precisamente el año 372, cuando Mónica sufría todas las torturas de una madre que no halla medio de completar la educación de su hijo, fué el tiempo en que ese don, superior á todo, vino á revelarse con inusitado estrépito. Veamos cómo.



Cuando Agustín no se ocupaba más que en los estudios literarios, había oído hablar muchas veces á sus maestros en Retórica de las *Categorías* de Aristóteles, como de un libro tan profundo, que no se podía comprender sin la cooperación de hábil profesor y mediante figuras trazadas en la arena, para hacer más perceptibles las obscuridades metafísicas que contenía. Impaciente por conocer estos arcanos, y no teniendo suficiente fuerza de voluntad para esperar la época en que tales cosas debían explicársele, abrió el libro y empezó á estudiar por sí solo. Grande fué su admiración al ver que no encontraba dificultad alguna, resolviendo fácilmente los más arduos problemas; y efectivamente, cuando más tarde hubo de asistir á las explicaciones públicas, nada nuevo pudo ya enseñársele, porque todo lo había entendido perfectamente.

Del mismo modo, sin la ayuda de nadie, leyó todos los libros de Dialéctica, de Geometría, de Música y de Aritmética, no hallando en tales materias la menor dificultad; que experimentaba, sí, cuando quería explicarlas á los demás, palpando y admirando entonces lo mucho que, aun á personas dotadas de gran inteligencia, costaba el comprenderlas. Era muy pequeño el número de los que podían seguirle, aunque siempre á gran

distancia (1); y no contando entonces más que diecinueve años, era evidente que ya poseía esa mirada de águila, á que no ofusca luz alguna, y ese poderoso vuelo que le permitía remontarse hasta las más elevadas esferas.

A la par que se descubría el gran genio de Agustín, manifestábase también su especial caridad y generoso corazón. La rebeldía y caprichos de su infancia habían desaparecido, siendo reemplazados por la más encantadora dulzura. Era cada vez más reservado y modesto, no gustaba de elogios ni de aplausos, evitaba las bulliciosas reuniones de sus condiscípulos, amaba la dignidad, era celoso de su honra y, por último, vivía siempre agradecido á quien le hiciere algun bien: así como lucía en su cabeza un talento extraordinario, llevaba igualmente en el corazón un don soberano del que fluía siempre delicada ternura.

Empezábase á ver al mismo tiempo lo que serían sus facciones, su fisonomía, su exterior y la forma, en fin, del vaso precioso llamado á contener tan brillante ingenio. Su estatura era sobrecorta, no pasando de mediana; el temperamento delicado y nervioso, cual es de ordinario el de las almas grandes, según San Gregorio Nacian-

(1) *Confes.*, lib. IV, cap. XVI.



ceno; la piel fina y transparente, y la mirada escrutadora, pero dulce, reposada y llena de ternura. Su voz débil, su garganta delicada y su pecho comprimido é irritable le hacían más apto para contemplar que para hablar; ó al menos, mejor para persuadir con palabra íntima y afectuosa en un círculo de amigos escogidos, que para dominar con arranques de gran elocuencia en asambleas tumultuosas. Su conjunto, en fin, era sobremanera elegante y distinguido (1).

Si hubiese sido Mónica como las señoras del mundo, tal conjunto de cualidades y talento tan precoz y brillante, le habrían entusiasmado llenándole de maternal orgullo; pero bajo un exterior tan bello, descubría ella horribles estragos y una llaga que se dilataba cada vez más, un espíritu, un alma inmortal, ¡el alma de su hijo

(1) Así está representado San Agustín en un retrato muy antiguo que se conserva en Milán: aparece joven, en época anterior á su conversión, cuando enseñaba Elocuencia en aquella ciudad. «*Le presenta,* nos dice persona muy competente, *vestido con un traje que el vulgo llama* MANIQUEO, *pero muy propio de aquellos tiempos, ó por lo menos de los países de Africa, y que no difiere cosa del que, aun en nuestros días, se usa de ordinario en Levante. El color es bermejo, tirando á sonrosado; su frente espaciosa, su mirada penetrante, sí, pero dulce y tranquila; y el conjunto esbelto y gentil.*» Cuantos autores han hablado del santo Doctor, nos le pintan del mismo modo.

idolatrado que iba á perecer! Tal perspectiva lo cubría todo con un velo mortuorio, y completaba la desolación maternal el ver que con la virtud iba desapareciendo del alma de su Agustín, hasta la misma fe! Desde el corazón, do habían nacido como nacen siempre, empezaban las tinieblas á subir hasta su espíritu; pudiéndose predecir que, después de abandonar la virtud, renegaría de la fe; mejor dicho, ya no había que predecir: del primer abismo había caído en el segundo, y la pérdida de la fe había seguido inmediatamente á la desaparición de la virtud. «¡Ay de mí! dice San Agustín, ¿de qué me sir»vieron entonces esa prontitud y vivacidad de »comprensión, con la cual y sin auxilio de nadie, »adquiría las ciencias, y entendía los libros obs»curos y difíciles; puesto que había caído en ex»cesos tan horribles y en un indiferentismo tan »vergonzoso respecto á las obras de piedad? ¿No »eran más dichosos los que, por su corta edad »unos, y otros por su menor inteligencia, no se »extraviaban como yo, y resguardados en el nido »de la santa Iglesia, esperaban allí seguros á ro»bustecerse en la fe y á adornarse con las alas de »la caridad (1)?»

(1) «Quid ergo mihi tunc proderat ingenium per illas doctrinas agile, et nullo adminiculo humani magisterii tot nodosissimi libri enodati, cum deformiter et sacri-



Mónica seguía los progresos de ese terrible mal, sobresaltada, pero sin decaer de ánimo. Tenía fe en Dios, en el corazón generoso de Agustín y también en la solidez y fuerza de su espíritu: por esto, esperando que la ciencia le atraería de nuevo á Dios, antes que verle interrumpir sus estudios se decidió á los mayores sacrificios, imponiéndose, á fin de sostenerle en Cartago, toda clase de privaciones. Pero, ¡ah! ¿qué recursos pueden proporcionar las privaciones de una mujer? Mónica sufría silenciosa y discreta esta pena que se mezclaba con tantas otras, cuando un amigo de Patricio llamado Romaniano, (caballero de Thagaste, cuyo nombre debe pasar á la posteridad, rodeado del reconocimiento de la Iglesia y del mundo), adivinando las ansiedades de Mónica, vino con delicadeza suma á ofrecerle cuanto fuera menester para cubrir los gastos necesarios, hasta que Agustín concluyera sus estudios.

Era Romaniano sobremanera rico, pero su alma, su nobleza, la generosidad y ternura de su corazón, á la par que su clara y bella inteli-

lega turpitudine in doctrina pietatis errarem? Aut quid tantum oberat parvulis tuis longe tardius ingenium, cum a te longe non recederent, ut in nido Ecclesiæ tuæ tuti plumescerent et alas charitatis alimento fidei nutrirent?» (*Confes.*, lib. IV, cap. XVI.)

gencia, valían mucho más que todas las riquezas (1). Conoció, mejor dicho, adivinó el gran talento de Agustín, y á fin de que pudiese con menos dispendios continuar sus estudios, propuso á Mónica que fuera á Cartago, y se alojase en una casa de su pertenencia.

Siempre es bueno, por lo demás, obligar corazones como el de este distinguido joven, que en las páginas todas de sus escritos hace oir la voz del reconocimiento. «¡Oh Romaniano! ¿cómo podré manifestarte mi gratitud? ¿no fuiste tú quien »al partir yo, joven y pobre, para continuar los »estudios en una ciudad lejana, me ofreciste »casa, bolsillo, y lo que es más todavía, afectuoso apoyo? Y cuando tuve la desgracia de »perder á mi padre, ¿no fuiste tú también, quien »me consoló, me aconsejó, y me ayudó con dinero? En Thagaste, nuestra pequeña ciudad, »me distinguiste ya, honrándome públicamente »con tu amistad, y poniendo á mi disposición la »mitad de tu casa (2).»

(1) Aug., *Cont. Acad.*, lib. I, c. I; lib. II, c. I et III.

(2) «Tu me adolescentulum pauperem ad peregrina studia pergentem, et domo et sumptu et, quod plus est, animo suscepisti; tu patre orbatum amicitia consolatus es, hortatione animasti, ope adjuvisti. Tu in nostro ipso municipio favore, familiaritate, communicatione domus tuæ pene tecum clarum primatemque fecisti.» (*Contra Acad.*, lib. II, cap. II.)



Si grande fué la gratitud de Agustín por tanta generosidad, unida á tan rara delicadeza, todavía fué mayor la de Santa Mónica. Conservó ésta siempre en su corazón el recuerdo de sus beneficios, y cuando Romaniano tuvo un hijo, al cual llamó Licencio, Mónica cuidaba de él con el amor más tierno, y le vigiló con solicitud y vivo interés, durante su brillante, precoz y peligrosa juventud; patentizando así que deseaba servir de madre á Licencio y manifestar agradecimiento á Romaniano, ya que éste había sido un segundo padre para Agustín.

Sostenido por generosidad tan oportuna, menos agitado por las pasiones que, en el lazo culpable y criminal parecían tener una especie de freno, y elevado quizás á pensamientos más altos, efecto de la muerte de Patricio, (pues, aunque entregado al pecado, su preclaro ingenio y gran corazón no dejaban de comprender la lección clarísima que brota siempre de la tumba de un padre), Agustín emprendió de nuevo sus estudios, hacia los que su madre le empujaba con ahinco. Esta mujer eminente, que parecía tener el presentimiento de la vuelta de su hijo á la senda de la virtud por medio de la ciencia (1), y en su clara penetración compren-

(1) «Non solum nullo detrimento, ac etiam nonnullo adjumento ad te adipiscendum futura existimabat (ma-